

castillo de Mauville; observa sus respuestas y gestos y me los transmitirás; pero no tengas prisa, aunque lo que te digo tiene para mí mucha importancia. ¡Qué singular es este encuentro entre él y tú!

—Vamos, explícame tu extrañeza y tus reticencias, porque tengo curiosidad.

—Si fuera un secreto mío, te lo diría en seguida; pero debo callarme.

—¿Concierne acaso á mi padre?

—¡Oh, no! ni á tí tampoco. Háblale del castillo de Mauville y..... veremos.

## VI.

Al cabo de una semana llegué á Perpignan y me dirigí al hotel que indicaba la tarjeta de sir Ricardo. Este había salido, y me recibió su esposa con grandes muestras de alegría.

—¡Querido doctor! ¡qué placer nos dais!—me dijo.—Por mi parte hago más que daros las gracias, ¡os bendigo!

Vió la sorpresa que me causaba esta acogida, y añadió:

—¡Ah! ¡porque no sabéis que mi marido tiene pasión de ánimo. El otro médico le había persua-

dido de que tenía algo en el pecho, una enfermedad mortal, y vos le habéis quitado ese temor que le mataba.

—Creo que exageráis un poco. Vuestro esposo no me ha parecido tan inquieto como decís.

—Pero, en fin, ¿vos creéis que está enfermo? Decidme la verdad, porque tengo valor y le cuidaré sin que me conozca nada.

—No tendréis necesidad de vuestro valor. Sir Ricardo no tiene nada que temer por ahora. Sólo tendréis que conformaros con mis prescripciones, y aunque estéis muy cansada de viajes, tendréis que continuar si lo juzgo necesario.

—Haré lo que gustéis si lo ordenáis, doctor. Además, me agradan los viajes. ¿Os he dicho alguna vez que me disgustaban?

—O no os acordáis de vuestras palabras, ó no pensáis siempre lo mismo.

La joven me miró fijamente. Sus dulces ojos se iluminaron y después se echó á reír.

—¡Tenéis razón!—exclamó.—Hablo muchas veces sin darme cuenta de lo que digo. Sir Ricardo se divierte mucho con mis contradicciones.

Acepté esta explicación llena de bondad..... ¿Por qué me causó mal humor? ¿Qué derecho tenía yo para hablar así? Estaba tan confundi-

do, que ni me apercibía de mis inconveniencias.

—No apruebo—dije—que hable uno así de sí mismo. Este es uno de los medios que los niños emplean á menudo para asegurar la impunidad de sus yerros.

—Los niños son niños—respondió la joven con dulzura.

—Y vos queréis ser niña toda vuestra vida.

—¡Ese es mi destino! No soy yo quien le ha escogido, y tengo que conformarme con él. Si hubiese tenido juicio y previsión, no hubiese aceptado ser la compañera de un hombre tan superior á mí. Yo no tenía más que mi edad y mi figura, y puesto que se ha contentado con tan poca cosa, es señal que tiene un gran corazón; pero comprendo que os parezco tonta á vos que no me debéis indulgencia. Afortunadamente la suya es inmensa, y aunque hicieseis brillar mi incapacidad delante de él, sólo serviría para aumentar su cariño.

Sentí que mi proceder había sido absurdo y que lo seguía siendo, pues no se podía explicar ni excusar el mal tono de mis groseras observaciones. Creí comprender que mi lógica estaba basada en el desacuerdo grande que había entre el encanto físico que se desprendía de aquella joven y el poco cuidado que tenía en agradar á la imaginación.

Me hacía el efecto de una risueña odalisca privada del sentido de la reflexión. Me prometí sustraerme de la influencia de aquel encanto que al principio se había apoderado de mí, á fin de no irritarme al ver su falta de tacto y de prudencia.

Desde las primeras horas de nuestra vida común comprendí que me sería muy fácil aislar mi vida de la suya.

Sir Ricardo llegó, y entusiasmado al verme, me abrazó paternalmente; después salió conmigo y no volvimos hasta la hora de la comida, que hicimos juntos en el hotel. La señora de Brundel solía comer sola y á otras horas. Después de comer fumamos un cigarro y tuvimos una hora de conversación. Sir Ricardo tomaba café y en seguida una botella de vino de Burdeos que bebía lentamente; pero nunca iba más allá, queriendo, decía él, estar entre las costumbres de Francia y las de su país. Una hora justa después de la comida miró su reloj, y levantándose dijo:

—Ahora sois libre. No os pido que viváis siempre en la misma casa que nosotros, aunque allí tendréis siempre vuestras habitaciones dispuestas, ni que tengáis obligación de hacer vuestras comidas conmigo. Cuando mi mujer quiera acompañarnos, ella misma os invitará, y mientras estemos

buenos ella y yo, tenéis todo el tiempo libre: así, modo que el que nos consagréis le recibiremos como de una prueba de amistad.

Este arreglo me convenía mucho; pero sin de escrúpulos de ganar con tanta facilidad mis honorarios, y creí deberlo decir.

—No os inquietéis por eso—me respondió sir Ricardo.—Si me dejáis, trataré en seguida de reemplazaros y no me será tan fácil. De modo que ya veis que me perjudicaríais.

Al día siguiente estábamos almorzando y sir Ricardo me consultaba si debía ó no ponerse en camino. Aun hacía calor, y deseaba pasar el otoño en los Alpes y el invierno en Italia.

No tuve objeción alguna que hacerle, y tomamos el pasaje aquella misma tarde en Port-Vendres.

No ví á la señora de Brundel, á Elena, como la llamaba su marido, hasta llegar al vapor, donde había ido ella antes con su doncella para instalarse en su camarote. Viajaba con un equipaje enorme, cuyo estorbo no causaba jamás la más leve queja á su marido. Llevaba además dos perros, una cotorra y un mono, de cuyos animales se ocupaba tanto como si fuesen sus hijos, á pesar de que un negrito estaba dedicado exclusivamente

en su cuidado. Un anciano ayuda de cámara, indolente, flemático, puntual y silencioso, completaba de nuestro acompañamiento.

En el momento en que íbamos á subir á bordo, sir Ricardo y yo vimos en lo alto de la escalera á la esposa de éste que nos aguardaba. Se había quitado el sombrero, y un velo negro de encaje flotaba sobre sus oscuros cabellos. El humo del vapor la cubría de una ligera nube. Creí ver entonces la visión de Manuela Pérez en su viaje á España, y me imaginé que el parecido era asombroso; pero su acento parisién vino á disipar esta ilusión.

—¡Cuánto habéis tardado!—nos dijo.—He temido que el vapor partiese sin que hubieseis llegado.

—Jamás me ha ocurrido llegar tarde cuando voy de viaje. Sobre todo, en ciertas circunstancias—dijo sir Ricardo con gravedad.

—Cuando yo soy de la partida, ¿verdad? Si el vapor hubiera salido, hubieseis hecho algún milagro para alcanzarnos, ¿no es cierto?

—Tal vez—respondió él con una sonrisa un poco forzada.

—¡Venid á ver mi lindo camarote!—dijo la joven tomando su brazo.

Y le llevó consigo.

Sir Ricardo debía amarla tiernamente, con seguridad; pero tenía el pudor inglés llevado hasta el más alto grado. No era difícil ver que todo lo que parecía familiaridad, hasta con su propia mujer, le hacía sufrir como hubiese alguien delante. Esto me explicó el cuidado con que la tenía oculta. La joven vivía en el vapor como había vivido en San Juan de Luz y en Perpignan; es decir, como una mujer turca, siempre encerrada en el ginneceo.

La señora de Brundel parecía vivir bien en aquel aislamiento, pues no trataba de salir de él ni quería dar un paso sin su marido, que paseaba con ella de cuando en cuando sobre cubierta, yendo la joven entonces cuidadosamente tapada con un velo.

Descansamos un día en Marsella. En el lago *Mayeur* estuvimos muy pronto instalados en una preciosa quinta donde habían pasado ya el otoño anterior y donde tenía yo una lujosa alcoba y un magnífico despacho. Desde mis habitaciones no podía ver nada de lo que pasaba en las de la joven. Unas cortinas de seda cubrían sus balcones, y de sir Ricardo estaban entre nosotros. Lo que llegaba hasta mí era el ruido que se

hacía en el cuarto de la reclusa; tan pronto eran sonoras carcajadas con la doncella española, como una interminable charla, ó exclamaciones para separar al mono y á los perros que reñían; después ruido de guitarra y de castañuelas, como si bailasen, y por encima de todo los agudos gritos de la cotorra, que se redoblaban cuando querían enseñarla á hablar.

Teníamos un hermoso jardín, donde comprendí que no debía pasearme por estar reservado á la señora. Sir Ricardo mismo no penetraba allí. Las alamedas, cuyos árboles formaban una espesa bóveda de verdura, ocultaban los paseos. Por algunos claros apercibía yo á veces á la hermosa Elena haciéndose mecer en una hamaca por el negrito ó jugando con sus perros y su mono. Si me veía asomado, me saludaba amistosamente. Vestida con una bata blanca, con pequeñas babuchas escarlata, el talle rodeado de un cinturón de seda bordado de oro y los cabellos sueltos cayendo en lustrosas ondas sobre sus delicadas espaldas, estaba verdaderamente encantadora. Jamás he visto mujer más graciosa en todas sus posturas y hasta en sus menores movimientos, y todo esto naturalmente, sin la más pequeña afectación. Al verla á alguna distancia parecía aún

más hermosa, pues estaba algo ajada á pesar de su marcado aire juvenil. Apenas podía separar mis ojos de aquella odalisca, y censurando para mis adentros los amores turcos de mi inglés, envidiaba por momentos su suerte.

Pero esto no hacía que estuviese enamorado de su compañera. Me parecía demasiado falta de inteligencia, demasiado irresponsable en la vida que llevaba, para ser amada de otro modo que con los sentidos, y como yo sabía contenerme, permanecía tranquilo á pesar de la impresión que me causaba. Además, no estaba siempre igualmente seductora. Cuando por las mañanas montaba á caballo con su marido, el traje de amazona que hacía resaltar la delgadez de su busto, la gorrita de jockey que no favorecía á su rostro, su torpeza en la manera de montar, sus gritos pueriles cuando tenía miedo, ó sus risas inextinguibles sin motivo, no convenían á su tipo flexible é indolente.

Al principio viví muy aislado. El país era admirable, y yo me había ocupado mucho de las ciencias naturales para no encontrar un gran placer en mis excursiones.

No perdía ocasión de visitar á los enfermos pobres que me llamaban, á los cuales prestaba gra-

titamente mis cuidados, porque tenía necesidad de ejercer mi carrera para adquirir la experiencia que da la práctica. Temía olvidar la medicina al lado de un hombre cuya salud era excelente. Pronto, sin embargo, pude ver mi gran influencia en su sensible mejoría. Yo le medía cuidadosamente cada día la dosis de ejercicio que debía hacer. Velaba por su alimentación, en su manera de vestirse y en sus ocupaciones intelectuales, con el mayor cuidado. Le estudiaba, y al mismo tiempo le enseñaba á estudiarse á sí mismo. Pronto me acompañó en mis paseos, y como se acordaba de haber sido robusto é infatigable, se propasaba y tenía que detenerle. Tenía gran afición al manejo de las armas, y me rogaba á veces que le acompañase. Era un tirador de primera fuerza, pero yo no era torpe: á veces se apasionaba en este ejercicio, y yo tenía entonces que usar de mi autoridad para contenerle. Comprendí que para obtener buen efecto del ejercicio que le permitía, era necesaria una prudencia extremada.

Ví revelarse su carácter en aquella amigable y continua lucha. Bajo su aire dulce y político era una naturaleza ardiente é insaciable en sus pasiones. Parecía veinte años más joven; pero alcanzado por los achaques sin que lo notase apenas,

era incapaz de la resignación que él creía tener en caso de necesidad. Enfermo y desfallecido hubiese sabido callar y sonreír, consumiéndose rápidamente en una muda desesperación. Ví que su mujer le había juzgado mejor de lo que yo creía, y tomando con todo mi corazón la misión que había aceptado, puse toda mi voluntad y todo mi empeño en curarle. Sabía que habían juzgado su mal incurable en teoría; pero había visto un ejemplo de curación, y creía, creo aún, que se puede curar de todo mientras quede una gota de aceite en la lámpara

Su amable carácter y sus generosos sentimientos hacían que mirase á mi enfermo como un artista mira su obra. Él lo adivinó, vió el afecto que me inspiraba, y cada vez fué uniéndose más á mí. Muy prudentemente al principio, dejándome siempre libre, en el temor de que á mi edad no gustase de su compañía, no supo abandonarme cuando reconoció que su sociedad me era sumamente agradable. Tenía muchos conocimientos, una instrucción literaria vastísima y un supremo gusto por las artes, pues había visto mucho en sus grandes viajes. Su conversación estaba llena de encanto y de interés.

Poco á poco nos hicimos inseparables en las

horas que sir Ricardo no consagraba á su *oriental* hogar. Tomaba interés en mis estudios y se volvía joven en nuestros recreos. Por la noche me enseñaba á jugar al ajedrez, y por la mañana le enseñaba yo á él la anatomía. Durante la tarde estudiábamos juntos la historia natural, esa ciencia inagotable donde se descubre siempre; y después, á las comidas, nos hacíamos literarios. Sir Ricardo conocía á fondo la poesía helénica y recordaba lo mejor de sus clásicos.

Nos separábamos generalmente á las nueve de la noche, hasta el día siguiente á las diez de la mañana. A las tres se retiraba él á sus habitaciones ó á las de su mujer, hasta la comida. El domingo me invitaba la señora de Brundel para que comiéramos juntos, mostrándose como siempre buena y graciosa y abandonándonos en cuanto tomaba el café. Tal fué nuestra vida durante las primeras semanas; pero esta situación, hasta aquí tan bien arreglada, fué modificada por un incidente imprevisto. Lady C....., hermana mayor de sir Ricardo Brundel, cayó gravemente enferma en Niza, teniendo su hermano que ir apresuradamente á verla. Yo pensaba acompañarle, pero me rogó que permaneciese al lado de su mujer, y por primera vez me habló de ella, pues era oriental

hasta el punto de no pronunciar jamás su nombre delante de mí á no haber absoluta necesidad.

—Elena—me dijo—no sabría estar sola, porque es lo mismo que un niño de tres años. Dejaría entrar á un ladrón por toda la casa, con tal que éste fingiera ser un mendigo. Respondería inocentemente á cualquiera tentativa de mal género, y al volver la encontraría comprometida ó desvalijada. Os confío, pues, las llaves del *harem*, pues no ignoro que mi hogar os parecerá algo raro. Esto no proviene de un sistema de autoridad como quizás creáis, sino del conocimiento que tengo del carácter adorablemente excepcional de Elena. No soy celoso, como habréis podido apreciar; es decir, no soy injusto ni mal pensado. No estoy tampoco enamorado en el sentido sensual de la palabra; á mi edad, querido doctor, se ama sobre todo con el alma, paternalmente, y más cuando, como yo, se ha deseado ser padre toda la vida. El carácter, los gustos y el aspecto de Elena se prestan tan bien á mi fantasía, que no podría esperar una compañera más dulce. Pero dejemos esto y entended bien que no debéis alejaros de esta casa en mi ausencia y que me respondéis de la salud y seguridad de mi mujer.

—No puedo rehusaros nada— le respondí— ni

aun esta comisión tan delicada para un hombre de mi edad. ¿Aceptará la señora de Brundel esa autoridad de que me investís, si alguna circunstancia imprevista me obliga á usar de ella?

—Todo está previsto; os obedecerá ciegamente. Una sola cosa la asustaría, y es que reclamasen de ella un acto de voluntad ó un sentimiento de independencia.

—Entonces tendré que pensar en todo; ¿si el fastidio de vuestra ausencia la sugiriese la idea de llamarme ó de salir conmigo?....

—No salgáis—respondió vivamente—no salgáis nunca con ella. Además, Elena me ha prometido no salir jamás sin mí. En cuanto á lo de verla, podéis hacerlo siempre que queráis. Sólo temo que Elena no quiera aprovechar vuestra agradable compañía.

—¿Debo no salir de casa?

—Salid como de costumbre; pero volved á la caída de la tarde y no salgáis en toda la noche. Elena padece á veces de accidentes y de ataques nerviosos que me alarman. Hace mucho tiempo que no le ha dado ninguno, y espero que no os causará ningún cuidado; pero....

—Tranquilizaos. Velaré por ella. ¿Estaréis ausente mucho tiempo?

—Ocho días cuando más, porque mi hermana está con su familia y no necesita de mis cuidados; además, estamos unidos por los deberes de la sangre mucho más que por la conformidad de ideas. Si me llama á su lado, es para confiarme alguna voluntad testamentaria que no discutiré.

Fué á despedirse de su mujer, y no quiso que ésta le acompañase hasta el sitio de partida, pues hubiese tenido que volver sola ó conmigo.

Despedí á sir Ricardo haciéndole todas mis recomendaciones higiénicas, y después, como le veía aquel día muy expansivo y teníamos aún media hora para hablar, me acordé de lo que mi madre me había dicho, y le pregunté si se acordaba de ella. En cuanto pronuncié el nombre de Adela Moessart, palideció, pero respondió sin vacilación:

—¡Adela! ¡la hija del honrado administrador! ¡Una joven buenisima, casi perfecta! Presentadle mis respetos y decidle que no le olvidado nada del castillo de Mauville y que os amo doblemente al saber que sois su hijo. ¿Cómo no me habíais hablado de esto antes?

—Mi madre me había dicho que el recuerdo de ese castillo os sería penoso, y antes que todo soy médico.

—Es cierto; pero deseo recordar esas cosas, por tristes que sean. ¿Acaso vos las conocéis?

—Las ignoro por completo.

—Quizá algún día las sabréis. Pero ya tenemos que separarnos. Cuidad de Elena.

La última presión de su mano parecía decir: —«Sois mi amigo, y mi honor debe seros sagrado.»—Yo no necesitaba esta recomendación, porque Elena no turbaba ni mi corazón ni mi cabeza. Acostumbrado á vivir á su lado como al de una joya preciosa cuidadosamente encerrada en su estuche, no me inquieté, y temí solamente que me ordenase pasear á sus perros, tarea diaria que su marido cumplía religiosamente.

## VII.

Al volver á casa encontré una carta de mi hermana que al pronto me inquietó. Juana me escribía tan pocas veces, que creí á mi madre enferma; pero pronto me tranquilicé. He aquí lo que Juana me decía:

«Quiero que esta vez sepas de nosotras por mí. Mamá está muy buena y ahora voy á hablarte de mí. No ignoro cuánto quieres á Vianne y cuánto